



DOCENTE: INÉS NARVÁEZ
MEDINA

ASIGNATURA: ÉTICA Y RELIGIÓN

GRADO – 10-01, 11-01,11-02

I. INTRODUCCIÓN:

Buenos días, queridos estudiantes.

- Bienvenidos a las asignaturas de Ética y Religión, donde reflexionaremos a cerca de la espiritualidad y el comportamiento social, teniendo en cuenta el origen y desarrollo de las conceptualizaciones de las verdades universales.

II. CONCEPTUALIZACIÓN: (Aprendizajes o competencias a desarrollar)

- Las competencias y aprendizajes a desarrollar son:
 1. Reflexión y comprensión del universo en el que vivimos, teniendo en cuenta la interrelación entre el desarrollo científico, tecnológico y teológico de la humanidad.

1. DESEMPEÑO PARA EVALUAR:

- Interrelación de los sistemas naturales del planeta tierra, para concebir el equilibrio que preserva la vida.

2. CONCEPTOS GENERALES:

- Relaciones del ser humano con la naturaleza.
- Cosmovisión del ser humano actual.
- Explicación del equilibrio natural de nuestro planeta y universo, el cual comprende diversos sistemas complejos interconectados, en la idea de un Dios creador.

III. ACTIVIDADES POR DESARROLLAR:

- Leer el capítulo 6, "La Hipótesis de Dios" del libro de Carl Sagan "La Diversidad de la Ciencia", el cual está en ésta guía.
- Realizar un ensayo donde explique, ¿Que entiende usted, con respecto a su existencia con relación al universo? y ¿cuál es su perspectiva a cerca de la existencia de Dios?

IV. AUTOEVALUACIÓN:

- IV. ¿Qué aprendieron?
- V. ¿Qué se les facilitó?
- VI. ¿Qué se les dificultó?
- VII. ¿Necesitan refuerzo?

CAPÍTULO 6

La hipótesis de Dios

Se supone que las Conferencias Gifford abordan el tema de la teología natural. Hace tiempo que por teología natural se entiende el conocimiento teológico que se puede adquirir sólo mediante la razón, la experiencia y el experimento; no a través de la revelación ni la experiencia mística, sino únicamente la razón. Y ésta es, en la larga duración histórica de la especie humana, una visión razonablemente nueva. Por ejemplo, podríamos fijarnos en la frase escrita por Leonardo da Vinci en su cuaderno, que dice: «Quien en una discusión aduce autoridad no utiliza el intelecto sino más bien la memoria.»

Era una afirmación extremadamente heterodoxa a principios el siglo XVI, cuando la mayor parte del conocimiento derivaba de la autoridad. El propio Leonardo tuvo muchos encontronazos de este tipo. Durante un viaje a los Apeninos, descubrió en la cima de una montaña los restos fosilizados de moluscos que normalmente vivían en el fondo del mar. ¿Cómo llegaron allá arriba? La sabiduría teológica convencional decía que el Diluvio Universal de Noé había inundado las cimas de las montañas y arrastrado hasta allí las almejas y las ostras. Leonardo, recordando que la Biblia dice que el diluvio duró sólo cuarenta días, intentó calcular si era tiempo suficiente para transportar los moluscos monte arriba, aunque las cimas de las montañas quedaran

inundadas. ¿Durante qué fase del ciclo vital del molusco había sido depositado?, y así sucesivamente. Llegó a la conclusión de que no podía ser y propuso una alternativa bastante osada; a saber, que en el transcurso de un largo espacio de tiempo geológico, las cimas de las montañas habían ascendido del fondo de los océanos. Aquello planteaba todo tipo de dificultades teológicas, pero era la respuesta correcta, como creo que es justo decir que ha quedado definitivamente demostrado en nuestra época.

Si vamos a hablar de la idea de Dios y limitarnos a argumentos racionales, probablemente sea útil saber a qué nos referimos al decir «Dios». No es tarea fácil. Los romanos llamaban ateos a los cristianos. ¿Por qué? Bien, los cristianos tenían una especie de dios, pero no era un dios real. No creían en la divinidad de los emperadores glorificados o de los dioses del Olimpo. Tenían un tipo de dios peculiar, diferente. Por tanto, lo fácil era llamar ateos a los que creían en un dios diferente. Y esta tendencia general a considerar ateo al que no cree exactamente lo mismo que yo, prevalece en nuestro tiempo.

Hay toda una constelación de características en las que pensamos generalmente en Occidente, o más bien en la tradición judéo-cristiano-islámica, cuando pensamos en Dios. Las diferencias fundamentales entre el judaísmo, el cristianismo y el islam son triviales comparadas con las similitudes. Pensamos en un ser omnipotente, omnisciente, compasivo, que creó el universo, que responde a las plegarias, que interviene en los asuntos humanos,

etcétera.

Pero supongamos que hubiera pruebas concluyentes de la existencia de un ser que tuviera algunas pero no todas estas propiedades. Supongamos que, de algún modo, se demostrase que hubo un ser que creó el universo pero que es indiferente a las plegarias... O, peor, un dios que se desentiende totalmente de la existencia humana. Es un dios muy parecido al de Aristóteles. ¿Sería Dios o no? Supongamos que fuera alguien omnipotente pero no omnisciente, o viceversa. Supongamos que este dios en-

tendiera las consecuencias de sus acciones pero que fuera incapaz de influir en toda una serie de cosas, por lo que estaría condenado a un universo en el que sus fines últimos no podrían cumplirse. Casi nunca se piensa o se habla de este tipo de dioses alternativos. A priori no hay razón alguna por la que no puedan ser tan probables como los dioses más convencionales.

Y el tema se vuelve más confuso todavía porque teólogos destacados como Paul Tillich, por ejemplo, que pronunció las Conferencias Gifford hace muchos años, negó explícitamente la existencia de Dios, al menos como potencia sobrenatural. Bueno, si un teólogo valorado (y sin duda no es el único) niega que Dios sea un ser sobrenatural, a mí el asunto se me antoja más bien confuso. La serie de hipótesis que subyace bajo la palabra «Dios» es inmensa. Una ingenua visión occidental de Dios es la de un hombre inmenso, de piel clara, con una larga barba blanca, que se sienta en un gran trono y lleva la cuenta hasta de cada gorrión muerto.

Comparemos esta visión con una bastante diferente de Dios, propuesta por Baruch Spinoza y Albert Einstein, una segunda clase de dios al que ellos consideraban Dios. Einstein interpretaba constantemente el mundo en función de lo que Dios haría o dejaría de hacer, pero por Dios entendía algo no muy diferente a la suma total de las leyes físicas del universo; es decir, la gravitación, más la mecánica cuántica, más las magníficas teorías del campo unificado, más unas cuantas cosas más, para él equivalían

a Dios. Y lo que querían decir con todo eso es que había una serie de principios físicos, extraordinariamente poderosos, que parecían explicar mucho sobre un universo que de otro modo era inexplicable. Leyes de la naturaleza, como he dicho antes, que se aplican no sólo en el ámbito local, no sólo en Glasgow, sino más lejos: en Edimburgo, Moscú, Pekín, Marte, Alfa Centauri, en el centro de la Vía Láctea, y en los quásares más distantes conocidos. Que las mismas leyes de la física puedan aplicarse en todas partes es muy remarcable. Sin duda, eso representa un poder ma-

por que ningún otro. Supone una regularidad inesperada en el universo. No había necesidad de que fuera así. Podía haber ocurrido que cada provincia del cosmos tuviera sus propias leyes de la naturaleza. No era evidente desde el principio que las mismas leyes tuvieran que regir en todas partes.

Sería totalmente insensato negar la existencia de leyes de la naturaleza y, si es de esto de lo que hablamos cuando decimos Dios, no hay posibilidad alguna de ser ateo, o al menos alguien que profesase el ateísmo tendría que dar un argumento consistente de por qué las leyes de la naturaleza son inaplicables. Y creo que se vería en apuros para lograrlo.

Así pues, según esta segunda definición de Dios, todos creemos en Dios. La primera definición es mucho más dudosa. Y hay una amplia gama de otros tipos de dioses. Y, en todo caso, debemos preguntarnos: «¿De qué tipo de dios hablamos y qué prueba hay de que este dios existe?»

Sin duda, si nos ceñimos a la teología natural, no basta con decir: «Creo en este tipo de dios, porque es lo que me dijeron cuando era joven», porque a otros les hablaron de otras religiones bastante diferentes que contradicen las de mis padres. Por tanto, no todos podemos tener razón y, en realidad, todos podemos estar equivocados. No cabe duda de que muchas religiones

diferentes son contradictorias entre sí. No es que no sean perfectos simulacros una de otra sino que se contradicen escandalosamente.

Pondré un ejemplo sencillo, aunque hay muchos. En la tradición judeo-cristiano-islámica, la edad del mundo es un número finito de años. Contando las generaciones del Antiguo Testamento se llega a la conclusión de que el mundo tiene mucho menos de diez mil años. En el siglo XVII, el arzobispo de Armagh, James Ussher, hizo el esfuerzo valiente, pero fundamentalmente defectuoso, de contarlos con exactitud. Llegó a la fecha específica en que Dios creó el mundo: fue el 25 de octubre de 4004 antes de Cristo, un domingo.

Pensemos otra vez en todas las posibilidades: mundos sin dioses, dioses sin mundos, dioses creados por dioses preexistentes, dioses que siempre han estado aquí, dioses que nunca mueren, dioses que mueren, dioses que mueren más de una vez, diferentes grados de intervención divina en los asuntos humanos; ningún profeta, uno, o muchos; ningún salvador, uno, o muchos; ninguna resurrección, una, o muchas; ningún dios, uno, o muchos. Y cuestiones relacionadas con los sacramentos, la mutilación religiosa y la escarificación, el bautismo, las órdenes monásticas, las expectativas ascéticas, la presencia o ausencia de vida después de la muerte, días para comer pescado, días para no comer en absoluto, cuántas vidas después de la vida tenemos por delante, justicia en este mundo, en el próximo, o en ninguno en absoluto, reencarnación, sacrificio humano, prostitución en el templo, yihads, y así sucesivamente. Hay una inmensa variedad de cosas en las que la gente cree. Las diferentes religiones creen diferentes cosas. Cada opción religiosa es una caja de sorpresas. Y está claro que hay más combinaciones y alternativas que religiones, aunque en la actualidad haya algo así como unos cuantos miles de religiones en el planeta. En la historia del mundo, probablemente ha habido muchas decenas, quizá centenares de miles, si pensamos en nuestros antepasados cazadores-recolectores, cuando la comunidad humana corriente era de unas cien personas o así. En aquel tiempo, había tantas religiones como grupos

de cazadores-recolectores, aunque las diferencias entre ellas probablemente no eran grandes. Pero nadie lo sabe, porque por desgracia no tenemos prácticamente conocimiento de lo que han creído nuestros antepasados durante la mayor parte de la existencia del hombre en este planeta, porque la tradición oral no es de fiar y la escritura no se había inventado.

Así pues, considerando esta serie de alternativas, algo que se me ocurre y que me asombra es que, cuando alguien tiene una experiencia de conversión religiosa, casi siempre es a la religión o a una de las religiones en las que se cree principalmente en su co-

munidad. ¡Sin embargo, hay tantas posibilidades! Por ejemplo, es muy raro en Occidente que alguien tenga una experiencia de conversión a una religión en la que la principal deidad tenga cabeza de elefante de color azul. Es bastante raro. Pero en la India hay un dios azul con cabeza de elefante que tiene muchos devotos, y no es tan raro ver pinturas de este dios. ¿Cómo es que la aparición de dioses elefantes está limitada a la India o a sitios donde hay una fuerte tradición hindú? ¿Cómo es que las apariciones de la Virgen María son comunes en Occidente pero raramente se producen en lugares de Oriente en los que no hay una importante tradición cristiana? ¿Por qué los detalles de las creencias religiosas no cruzan barreras culturales? Es difícil de explicar, a no ser que los detalles estén totalmente determinados por la cultura local y no tengan nada que ver con algo externamente válido.

Dicho de otro modo, cualquier predisposición a la creencia religiosa puede verse poderosamente influida por la cultura indígena, viva uno donde viva. Especialmente si los niños están expuestos desde muy pequeños a una serie concreta de doctrinas, música, arte y ritual, es algo tan natural para ellos como respirar, motivo por el cual las religiones hacen tantos esfuerzos para atraer a los más jóvenes.

O contemplemos otra posibilidad. Supongamos que surge un nuevo profeta que declara haber recibido una revelación de Dios que infringe las revelaciones de todas las religiones previas.

erróneas. Muchas de ellas tienen que ser erróneas. Incluso es posible que lo sean todas. No podemos depender totalmente de lo que dice la gente. Tenemos que mirar cuáles son las pruebas.

Quiero pasar ahora al tema de las supuestas pruebas de la existencia de Dios. Me centraré sobre todo en Occidente, pero, para mostrar un espíritu ecuménico, empezaremos con algunas pruebas hindúes, que en muchos aspectos son tan sofisticadas y desde luego más antiguas que las occidentales.

Udayana, un lógico del siglo XI, tenía un conjunto de siete pruebas de la existencia de Dios. No las comentaré todas; sólo intentaré transmitir su sentido. Por cierto, el tipo de dios del que habla Udayana no es exactamente el mismo, como podemos imaginar, que el dios judeo-cristiano-islámico. Su dios lo sabe todo y es imperecedero, pero no necesariamente omnipotente ni compasivo.

En primer lugar, Udayana razona que todas las cosas deben tener una causa. El mundo está lleno de cosas; algo tiene que haberlas creado. Este argumento es muy similar al occidental que plantearemos en seguida.

En segundo lugar, una teoría no oída en Occidente, es la de las combinaciones atómicas. Es bastante sofisticada. Dice que, al principio de la Creación, los átomos tuvieron que unirse uno a otro para construir cosas mayores y que esa unión de átomos siempre requiere la intervención de un agente consciente. Bien, ahora sabemos que eso es falso. O sabemos al menos que hay leyes de interacción atómica que determinan cómo se unen los

átomos. Es una disciplina llamada química. Se podría decir que se debe a la intervención de una deidad, pero desde luego no requiere la intervención directa de una deidad. Lo único que tiene que hacer la deidad es determinar las leyes de la química y retirarse.

En tercer lugar está el argumento de la suspensión del mundo. El mundo no está cayendo, como se ve a simple vista. No estamos volando a toda velocidad por el espacio, aparentemente, y

por tanto algo sostiene el planeta, y ese algo es Dios. Bueno, se trata de una visión bastante natural de las cosas. Está relacionada con la idea de que estamos quietos y en el centro del universo, un error que han cometido todos los pueblos de todo el mundo. En realidad, sí estamos cayendo, y a una velocidad increíblemente alta en órbita alrededor del Sol; cada año recorremos 2 pi veces el radio de la órbita de la Tierra. Si lo calculamos, veremos que es extremadamente rápido.

La cuarta es una teoría basada en la existencia de las aptitudes humanas. Y está muy cerca del argumento de Von Däniken de que, si alguien no nos enseñase a hacer las cosas, no sabríamos cómo hacerlas. Creo que hay muchos argumentos contra esto.

Después está la existencia de un conocimiento fidedigno al margen del conocimiento humano. ¿Cómo sabríamos cosas que están, por ejemplo, en los Vedas, los libros sagrados hindúes, si no las hubiera escrito Dios? La idea de que los humanos fueran capaces de escribir los Vedas era difícil de aceptar para Udayana.

Bien, ya tenemos una idea de sus argumentos, que nos demuestran que hay un deseo humano dominante de dar una explicación racional a la existencia de Dios o dioses, y también que el razonamiento en que se basan no siempre es acertado. Pasemos ahora a alguno de los argumentos occidentales, que es muy posi-

ble que sean archisabidos para todos, en cuyo caso me disculpo.

En primer lugar, tenemos el argumento cosmológico, que no es muy diferente del que acabamos de oír. El argumento cosmológico en Occidente se relaciona esencialmente con la causalidad. Estamos rodeados de cosas; todas estas cosas fueron causadas por otra cosa, y así, al cabo de un rato nos encontramos remontándonos a tiempos y causas remotas. Como no podemos seguir así siempre, con una regresión infinita de causas, como argumentaban Aristóteles y después Tomás de Aquino, tenemos que llegar por tanto a una primera causa sin causa. Algo que lo empezó todo y que no fue causado; es decir, que siempre estuvo ahí, y este algo se define como Dios.

Aquí hay dos hipótesis en conflicto, dos hipótesis alternativas. Una es que el universo siempre estuvo ahí y la otra es que Dios siempre estuvo ahí. ¿Por qué se hace inmediatamente obvio que una de ellas es más probable que la otra? O, dicho de otro modo, si decimos que Dios hizo el universo, es razonable preguntar: «¿Y quién hizo a Dios?»

Prácticamente todos los niños formulan esa pregunta y normalmente los padres los hacen callar y les dicen que no pregunten cosas embarazosas. Pero ¿por qué decir que Dios hizo el universo y no preocuparse por saber de dónde vino Dios es más satisfactorio que decir que el universo siempre estuvo ahí?

En la astrofísica moderna hay dos puntos de vista enfrentados. En primer lugar, y no tengo ninguna duda, y creo que coincido en eso con casi todos los astrofísicos, está la prueba de la expansión del universo, la recesión mutua de las galaxias y de lo que se llama radiación de fondo cósmica, cuyo espectro es el de un cuerpo negro a una temperatura de tres grados, todo ello sugiere que hace algo así como 13 o 15 mil millones de años toda la materia del universo estaba comprimida en un volumen extremadamente pequeño, que algo que probablemente pueda llamarse una explosión ocurrió en aquel tiempo, y que la expansión subsiguiente del universo y la condensación de la materia dio lugar a galaxias, estrellas, planetas, seres vivos, y todo el resto de detalles del universo que vemos a nuestro alrededor.

Ahora bien, ¿qué pasó antes? Hay dos opiniones. Una es: «No debe hacerse esta pregunta», que es casi como decir que lo hizo Dios. Y la otra es que vivimos en un universo oscilante en el que hay un número infinito de expansiones y contracciones.*

Estamos aproximadamente a 15.000 millones de años de la

* En 1998, dos equipos internacionales de astrónomos informaron independientemente de un indicio inesperado de que la expansión del universo se está acelerando. Estos descubrimientos sugieren que el universo no está oscilando sino que seguirá expandiéndose siempre.

última expansión, y digamos que, dentro de unos 80.000 millones de años la expansión terminará y será reemplazada por una compresión, y toda la materia se reducirá a un volumen muy pequeño y después se volverá a expandir sin que, en el proceso de expansión, se filtre información por los vértices.

La primera de estas opiniones, casualmente, resulta próxima a la cosmovisión judeo-cristiana-islámica, y la segunda a las creencias hindúes más usuales. Y así, si uno quiere, puede pensar que los distintos contenidos de estas dos opiniones religiosas principales libran su batalla en el campo de la astronomía de satélites contemporánea. Porque ahí es donde probablemente se decidirá la respuesta a estas preguntas: ¿Hay suficiente materia en el universo para impedir que la expansión continúe para siempre, de modo que la gravitación detenga la expansión y fuerce una contracción? ¿O no hay la suficiente como para detener la expansión y, por tanto, el universo se seguirá expandiendo para siempre? Se trata de una cuestión experimental, y es muy probable que tengamos una respuesta en nuestro período de vida. Subrayo que esto se aleja de la aproximación teológica habitual, donde nunca puede hacerse un experimento para dilucidar un tema en discu-

sión. Aquí hay uno, pero no debemos emitir aún juicios. Lo único que tenemos que hacer es mantener cierta tolerancia hacia la ambigüedad hasta que tengamos más datos, lo que puede ocurrir en una década o menos. Es posible que el telescopio espacial Hubble, que está previsto lanzar el próximo verano, proporcione la respuesta a esta pregunta. No está garantizado pero es posible.*

Acerca de la cuestión de quién es más antiguo, Dios o el universo, nos hallamos en realidad ante una matriz de tres por tres: Dios puede haber existido siempre pero no existirá para siempre. Es decir, Dios podría no tener un principio pero sí podría tener un final. Dios podría tener un principio pero no un final. Dios po-

* Los telescopios con base en la Tierra proporcionaron la respuesta en 1998. Véase la nota anterior.

dría no tener principio ni final. Y lo mismo para el universo. El universo podría ser infinitamente viejo, pero tener un final. El universo podría haber empezado hace un tiempo finito pero durar para siempre, o podría haber existido siempre y no terminar nunca. Éstas son las posibilidades lógicas. Y es curioso que los mitos humanos contemplen algunas de estas posibilidades pero no otras. Pienso que en Occidente está bastante claro que hay un modelo de ciclo de vida humano o animal que ha sido extrapolado al cosmos. Es natural creerlo así, pero al cabo de un rato, me parece que sus limitaciones quedan claras.

También debería decir algo sobre el Segundo principio de la termodinámica. Un argumento que a veces se utiliza para justificar una creencia en Dios es que el Segundo principio de la termodinámica dice que el universo como un todo se agota; es decir, la cantidad total de orden en el universo debe disminuir. El caos debe aumentar a medida que pase el tiempo; o sea, en el universo entero. Eso no quiere decir que en un escenario determinado, por ejemplo la Tierra, la cantidad de orden no pueda aumentar, y es evidente que ha aumentado. Los seres vivos son mucho más complejos, tienen más orden, que la materia prima de la que se formó la vida hace 4.000 millones de años. Pero este aumento del orden en la Tierra se produce y es bastante fácil calcularlo a expensas de un descenso en el orden del Sol, que es la fuente de la energía que hace funcionar la biología terrestre. No está claro, por cierto, que el Segundo principio de la termodinámica sea aplicable al universo como un todo, porque es una ley experimental y no tenemos experiencia del universo como un todo. Pero siempre me ha parecido curioso que los que desean aplicar este principio a temas teológicos no pregunten si Dios está sometido a él. Porque, si lo estuviera, sólo podría tener una vida finita. Además, se aprecia un uso asimétrico de los principios de la física cuando la teología se enfrenta a la termodinámica.

Por otra parte, si hubiera una primera causa no causada, no implicaría nada en absoluto sobre la omnipotencia o la omnis-

ciencia, ni sobre la compasión, o ni siquiera el monoteísmo. Y Aristóteles, en realidad, infirió varias decenas de primeras causas en su teología.

La segunda teoría occidental habitual que utiliza la razón con referencia a Dios es la llamada teoría del diseño, de la que ya hemos hablado, tanto en el contexto biológico como en la encarnación astrofísica reciente llamada principio antrópico. Es, en el mejor de los casos, un argumento de analogía; es decir, que algunas cosas fueron hechas por humanos y ahora nos encontramos con algo más complejo que no fue hecho por nosotros, por lo que quizá fuera hecho por un ser inteligente más dotado que nosotros. Bueno, puede ser, pero no es un argumento convincente. Antes he intentado subrayar hasta qué punto una mala interpretación, el fracaso de la imaginación y sobre todo la falta de conocimiento de nuevos principios subyacentes pueden inducirnos a error sobre el argumento basado en el diseño. Las extraordinarias ideas de Charles Darwin sobre el aspecto biológico de la teoría del diseño proporcionan claras advertencias de que hay principios subyacentes en el orden aparente que todavía no somos capaces de adivinar.

Sin duda hay mucho orden en el universo, pero también hay mucho caos. Los centros de las galaxias explotan cada cierto

mucho caos. Los centros de las galaxias explotan cada cierto tiempo y, si ahí fuera hay mundos habitados y civilizaciones, son destruidos a millones con cada explosión de un núcleo galáctico o de un quásar. No parece que haya un dios o diosa que sepa lo que está haciendo. Más bien parece un aprendiz de dios que se ve superado. A lo mejor empiezan en los centros de las galaxias y, al cabo de un tiempo, cuando tienen un poco de experiencia, se les adjudican misiones más importantes.

También está el argumento moral de la existencia de Dios, atribuido generalmente a Immanuel Kant, que era muy bueno a la hora de mostrar las deficiencias de algunas otras teorías. La suya es muy sencilla. Es simplemente que somos seres morales; por tanto Dios existe. Es decir, ¿cómo sabríamos si no que somos morales?

LA HIPÓTESIS DE DIOS 179

Bueno, para empezar, podría argüirse que la premisa es dudosa. Hasta qué grado puede afirmarse que los humanos somos seres morales sin la existencia de alguna fuerza de policía está cuando menos abierta a debate. Pero dejemos eso por el momento. Muchos animales tienen códigos de conducta. El altruismo, los tabúes del incesto, la compasión hacia los más pequeños, se encuentran en todo tipo de especies. Los cocodrilos del Nilo llevan los huevos en la boca durante enormes distancias para proteger a sus crías. Podrían hacer una tortilla con ellos, pero deciden no hacerlo. ¿Por qué? Porque los cocodrilos que disfrutan comiéndose sus huevos no dejan descendencia y, con el tiempo, lo único que queda son cocodrilos que saben cómo ocuparse de sus crías. Es fácil de ver. Y sin embargo tendemos a pensar que, en cierto modo, se trata de un comportamiento ético. No estoy en contra de ocuparse de los niños; al contrario, estoy francamente a favor. Lo que digo es que, si estamos poderosamente motivados para ocuparnos de nuestros jóvenes o de los jóvenes de todo el mundo, de ello no se deduce que sea Dios quien nos obligue a actuar así. Puede ser la selección natural, y es lo más probable. Más aún, una vez los humanos adquirimos conciencia de nuestro entorno, podemos entender las cosas y podemos ver lo que es bueno para nuestra supervivencia como comunidad, nación o especie y tomar medidas para garantizarla. No está más allá de nuestra capacidad. No veo claro que se requiera la exis-

tencia de Dios para explicar el grado limitado pero real del comportamiento moral y ético patente en la sociedad humana.

Después, tenemos la curiosa teoría, exclusiva de Occidente, llamada «teoría ontológica», que generalmente se asocia a [san] Anselmo, que murió en 1109. Es muy simple: Dios es perfecto. La existencia es un atributo esencial de perfección. Por tanto, Dios existe. ¿Se ha entendido? Lo diré otra vez. Dios es perfecto. La existencia es un atributo esencial de perfección. No se puede ser perfecto si no se existe, dice Anselmo. Por tanto, Dios existe. Aunque esta teoría atrajo durante un breve período a pensadores

significativos (Bertrand Russell describe que de pronto pensó que Anselmo podía tener razón... durante unos quince minutos), no se considera una teoría con éxito. El lógico del siglo XX Ernest Nagel dijo de él que era «confundir la gramática con la lógica».

¿Qué significa «Dios es perfecto»? Se necesita una descripción de qué constituye la perfección. No basta con decir «perfecto» y no preguntar qué significa. ¿Y cómo sabemos que Dios es perfecto? A lo mejor el dios que existe no es el perfecto. A lo mejor sólo existen los imperfectos. Y entonces, ¿por qué esta existencia es un atributo esencial de perfección? Todo son palabras. En realidad, hay una afirmación perteneciente al budismo, que, creo que bajo una luz amable, dice que su dios es tan grande que ni siquiera tiene que existir. Y éste es el contrapeso perfecto al argumento ontológico. En todo caso, no creo que el argumento ontológico sea convincente.

Después está el argumento de la conciencia. Pienso, luego Dios existe; es decir, ¿cómo podría si no llegar a existir la conciencia? De hecho, nuestro conocimiento de los detalles de la evolución de la conciencia es mínimo. Está en el orden del día de

la futura ciencia neurológica. Pero sabemos, por ejemplo, que una lombriz metida en un tubo de ensayo en forma de Y con, por ejemplo, una descarga eléctrica en la ramificación derecha y comida en la izquierda, aprende rápidamente a tomar la izquierda. ¿Se puede decir que un gusano tiene conciencia si, después de una cierta cantidad de intentos, es capaz de saber invariablemente dónde está la comida y dónde no está la descarga? Y si un gusano tiene conciencia, ¿puede tenerla también un protozoo? Muchos microorganismos fototrópicos saben ir hacia la luz. Tienen una especie de percepción interna de dónde está ésta, y nadie les ha enseñado que sea bueno ir hacia ella. Tienen la información en su material hereditario, codificado en sus genes y cromosomas. Bueno, ¿puso Dios esta información allí, o puede haberse desarrollado por selección natural?

Está claro que para la supervivencia de los microorganismos es bueno saber dónde está la luz, especialmente para los que fotosintetizan. Sin duda es bueno para los gusanos saber dónde está la comida. Los gusanos que no logran entender dónde está la comida dejan poca descendencia. Después de un tiempo, los que sobreviven saben dónde está la comida. Los descendientes fototrópicos o fototácticos tienen codificado en su material genético cómo encontrar la luz. No parece que Dios haya tenido que participar en el proceso. Puede ser, pero no es un argumento convincente. Y la opinión general de muchos, no todos, los neurobiólogos es que la conciencia es una función que depende del número y la complejidad de las conexiones neuronales del cerebro. La conciencia humana es lo que aparece cuando se llega a algo así como 10^{11} neuronas y 10^{14} sinapsis. Esto plantea todo tipo de otras preguntas. ¿Cómo es la conciencia cuando se tienen 10^{20} o 10^{30} sinapsis? ¿Qué podrá decirnos a nosotros un ser así distinto a lo que nosotros podemos decirles a las hormigas? Así pues, al menos a mí no me parece que el argumento de la conciencia, un continuo de conciencia recorriendo los reinos animales y vegetales, demuestre la existencia de Dios. Tenemos una explicación alternativa que parece funcionar bastante bien. No sabemos los detalles, aunque el estudio de la inteligencia artifi-

cial pueda ayudar a clarificarlo. Apenas puede decirse, pues, que sea convincente.

Después está la teoría de la experiencia. La gente tiene experiencias religiosas. De eso no cabe duda. Las tienen en todo el mundo, y hay algunas similitudes interesantes en las distintas experiencias religiosas que ocurren en todo el planeta. Son poderosas, emocionalmente de lo más convincente, y a menudo conducen a la gente a reformar su vida y a realizar buenas obras, aunque también ocurre lo contrario. Bien, ¿qué pasa con esto? Bueno, no pretendo de ningún modo poner objeciones o ridiculizar las experiencias religiosas. Pero la pregunta es: ¿puede una experiencia así proporcionar pruebas de la existencia de Dios o

dioses que no sean anecdóticas? Un millón de casos de ovnis desde 1947 y, sin embargo, por lo que sabemos, ninguno de ellos se corresponde con visitas a la Tierra de naves espaciales de otra parte. Un gran número de personas puede tener experiencias profundas y conmovedoras y que, sin embargo, no se correspondan con nada parecido a un sentido exacto de la realidad externa. Y lo mismo puede decirse no sólo de los ovnis sino también de la percepción extrasensorial, los fantasmas, los duendes y cosas así. Todas las culturas tienen cosas de este tipo, lo que no significa que existan todos; no significa que exista ninguno de ellos.

También quiero hacer constar que las experiencias religiosas pueden ser provocadas por moléculas específicas. Hay muchas culturas que, conscientemente, beben o ingieren esas moléculas a fin de fomentar una experiencia religiosa. El culto al peyote de algunos indios americanos es exactamente esto, como el uso del vino como sacramento en muchas religiones occidentales. Hay una larga lista de sustancias que los humanos toman para desencadenar una experiencia religiosa, lo que sugiere que hay alguna base molecular para este tipo de vivencia y que no es necesario que se corresponda con una realidad externa. Creo que es bastante fundamental que las experiencias religiosas, las personales, no la prueba teológica natural de la existencia de Dios, si la hay,

puedan ser producidas por moléculas de complejidad finita.

Así pues, si repaso estas teorías —la cosmológica, la del diseño, la moral, la ontológica, la de la conciencia y la de la experiencia—, debo decir que el resultado total no es excesivamente impresionante. Es como si buscásemos una justificación racional para algo que, por otro lado, esperamos que sea cierto.

Y después hay determinados problemas clásicos respecto a la existencia de Dios. Permítanme mencionar algunos. Uno es el famoso problema del mal. Básicamente es como sigue: aceptemos por un instante que el mal existe en el mundo y que a veces hay acciones injustas que no son castigadas. Aceptemos también que hay un Dios que es benevolente con los seres humanos, om-

nisciente y omnipotente. Este Dios ama la justicia, observa todas las acciones humanas y es capaz de intervenir en los asuntos de los hombres. Bien, ya los filósofos presocráticos entendieron que estas cuatro proposiciones no pueden ser verdaderas al mismo tiempo. Al menos una tiene que ser falsa. Las enumeraré otra vez: que existe el mal, que Dios es benevolente, que Dios es omnisciente, que Dios es omnipotente. Analicémoslas una a una.

En primer lugar, podrían decirme: «Bueno, el mal no existe en el mundo. No somos capaces de ver toda la imagen: vemos sólo un pequeño pozo de mal en un gran mar de bien que lo hace posible.» O, como solían decir los teólogos medievales: «Dios usa al diablo para sus propios propósitos.» Se trata claramente del argumento de los tres monos sabios, aquello de «negarse a escuchar...», y ha sido descrito por un importante teólogo contemporáneo como un insulto gratuito a la humanidad, un síntoma de insensibilidad e indiferencia hacia el sufrimiento humano. Es el convencimiento de que todas las miserias y agonías que experimentan los seres humanos son ilusorias. Bastante fuerte.

Es evidente que esto es confiar en que, si se les llama de otra manera, los hechos inquietantes desaparecerán. Sostienen que es necesario un poco de dolor para un bien mayor. Pero ¿por qué, exactamente? Si Dios es omnipotente, ¿por qué no puede dis-

poner que no haya dolor? A mí me parece un extremo muy revelador.

Las otras alternativas son que Dios no es benevolente ni compasivo. Epicuro sostenía que Dios estaba bien pero que los humanos eran la última de sus preocupaciones. Hay una serie de religiones orientales que tienen más o menos el mismo talante. O bien Dios no es omnisciente, no lo sabe todo, tiene cosas que hacer en otra parte y por eso no sabe que los humanos tenemos problemas. Una posibilidad es que hay 10^{11} mundos en todas las galaxias y varias veces 10^{11} galaxias, y que Dios está ocupado.

Otra es que Dios no sea omnipotente. No puede hacerlo



todo. Es posible que empezara la Tierra o creara la vida y que luego intervenga ocasionalmente en la historia humana, pero no puede preocuparse día y noche de arreglar las cosas aquí en la Tierra. Bien, yo no pretendo saber cuál de estas cuatro posibilidades es correcta, pero está claro que hay una contradicción fundamental en el núcleo del pensamiento teológico occidental relacionada con el problema del mal, y he leído un resumen de una conferencia teológica reciente dedicada a este problema y no cabe duda de que era embarazoso para los teólogos reunidos.

Esto plantea una cuestión adicional —una cuestión relacionada— y tiene que ver con la intervención en las pequeñas cosas. ¿Por qué, en todo caso, es necesaria la intervención de Dios en la historia humana, en los asuntos humanos, como prácticamente cualquier religión cree que sucede? Que Dios o los dioses bajan y dicen a los humanos: «No, no hagas esto, haz esto otro, no olvides eso, no reces de esta manera, no veneres a nadie más, mutila a tus hijos del modo siguiente.» ¿Por qué hay una lista tan larga de cosas que Dios le dice a la gente que haga? ¿Por qué Dios no lo hizo directamente todo bien? Si uno pone en marcha un universo, puede hacerlo todo. Puede ver todas las consecuencias futuras de su acción. Persigue un determinado objetivo. ¿Por qué no lo deja todo listo de entrada? La intervención de Dios en los asuntos humanos habla de incompetencia, y no me refiero a incompetencia a escala humana. Está claro que todas las opiniones

de Dios lo hacen mucho más competente que el más competente de los humanos, pero eso no dice nada de su omniocompetencia. Lo que dice es que hay limitaciones.

Así pues, llego a la conclusión de que los supuestos argumentos de la teología natural sobre la existencia de Dios, como estos que hemos mencionado, no son muy convincentes. Van a remolque de las emociones, esperando alcanzarlas. Y, sin embargo, es perfectamente posible imaginar que Dios, no un dios omnipotente o un dios omnisciente, sino un dios razonablemente

competente, podía haber dejado pruebas absolutamente claras sobre su existencia. Intentaré dar unos cuantos ejemplos.

Imaginemos que en todas las culturas hay una serie de libros sagrados que contienen unas cuantas frases enigmáticas que Dios o los dioses dicen a nuestros antepasados y que éstos deben transmitir al futuro sin cambios, que es muy importante hacerlo con exactitud. Bien, hasta aquí no hay gran diferencia con las circunstancias reales de los supuestos libros sagrados. Pero supongamos que las frases en cuestión fueran frases que actualmente pudiéramos comprender, pero no en aquel momento. Ejemplo sencillo: el Sol es una estrella. Nadie lo sabía en, digamos, el siglo VI a. J. C., cuando los judíos estaban en el exilio en Babilonia y conocieron la cosmología babilónica a partir de los principales astrónomos de la época. La ciencia babilónica antigua es la cosmología que todavía se conserva en el libro del Génesis. Supongamos en cambio que la historia fuera: «No lo olvidéis, el Sol es una estrella», o «No lo olvidéis, Marte es un lugar oxidado con volcanes. Marte, ¿conocéis esta estrella roja? Es un mundo. Tiene volcanes, está oxidado, hay nubes, había ríos. Ya no los hay. Lo entenderéis más adelante. Confíad en mí. De momento, no lo olvidéis.»

O: «Un cuerpo en movimiento tiende a permanecer en movimiento. No penséis que los cuerpos tienen que ser empujados para seguir moviéndose. Es justo lo contrario, en realidad. Más adelante entenderéis que, si no hay fricción, un objeto móvil seguirá moviéndose.» Podemos imaginarnos a los patriarcas ras-

cándose perplejos la cabeza, pero al fin y al cabo era Dios quien les hablaba. Así pues, lo copiarían obedientemente y ése sería uno de los muchos misterios de los libros sagrados que después pasarían al futuro hasta que reconociésemos la verdad, hasta que viésemos que nadie en aquel tiempo podía haber sabido aquello y, por tanto, deducir la existencia de Dios.

Pueden imaginarse muchos casos así. ¿Qué les parece: «No viajarás a mayor velocidad que la luz»? Muy bien, se puede argüir

que no había riesgo inminente de que nadie rompiera este mandamiento. Habría sido una curiosidad: «No entendemos de qué va éste, pero los demás los acataremos.» O: «No hay marcos de referencia privilegiados.» O ¿qué tal algunas ecuaciones? Las leyes de Maxwell en los jeroglíficos egipcios, o en caracteres chinos antiguos, o en hebreo antiguo. Y que todos los términos fueran definidos: «Esto es el campo eléctrico, esto es el campo magnético. No sabemos qué son, pero los copiaremos y, más adelante, seguro, llegarán a ser las leyes de Maxwell o la ecuación de Schrödinger.» Cualquier cosa de este tipo habría sido posible si Dios hubiera existido y si hubiera querido que tuviésemos pruebas de su existencia. O en biología. ¿Qué les parece: «Dos cadenas entrelazadas contienen el secreto de la vida»? Podrían decirme que los griegos ya lo sabían a causa del caduceo.* En el ejército americano todos los médicos llevaban el caduceo en la solapa, y también lo utilizan las distintas mutuas de seguros médicos. Está relacionado, si no con la existencia de la vida, al menos con su conservación, pero hay muy poca gente que lo utilice para decir que la religión correcta es la de los griegos antiguos porque tenían un símbolo que sobrevive al examen crítico posterior.

En este asunto de las pruebas de la existencia de Dios, si éste hubiera deseado darnos alguna, no tenía por qué limitarse a ese método, en cierto modo cuestionable, de hacer declaraciones enigmáticas a sabios antiguos y confiar en que sobrevivieran. Dios podía haber grabado los Diez Mandamientos en la Luna. Muy grandes. Diez kilómetros de extensión para cada mandamiento. Y nadie lo podría ver desde la Tierra pero, de pronto, un día se inventarían los grandes telescopios o las naves espaciales se acercarían a la Luna y allí los encontrarían, grabado en la superficie lunar. La gente diría: «¿Cómo ha podido llegar eso aquí?» Y

* Caduceo: símbolo de la clase médica, consistente en un bastón alado rodeado por dos serpientes entrelazadas. (*N del t.*)

entonces habría varias hipótesis, la mayor parte de las cuales serían francamente interesantes.

¿O por qué no un crucifijo de cien kilómetros de envergadura en la órbita de la Tierra? Sin duda Dios podría hacerlo, ¿no es así? Tras haber creado el universo, una cosa tan sencilla como poner un crucifijo en la órbita de la Tierra habría sido perfectamente posible. ¿Por qué Dios no hizo cosas de este tipo? O, dicho de otro modo, ¿por qué Dios tenía que ser tan claro en la Biblia y tan oscuro en el mundo?

Creo que se trata de un asunto serio. Si pensamos, como sostiene la mayoría de los grandes teólogos, que la verdad religiosa sólo se produce cuando se da una convergencia entre nuestro conocimiento del mundo natural y la revelación, ¿por qué esta convergencia es tan débil cuando habría podido ser fácilmente más sólida?

Así pues, para concluir, me gustaría citar las primeras líneas del *Ensayo sobre los Dioses*, de Protágoras, del siglo v a. J. C.:

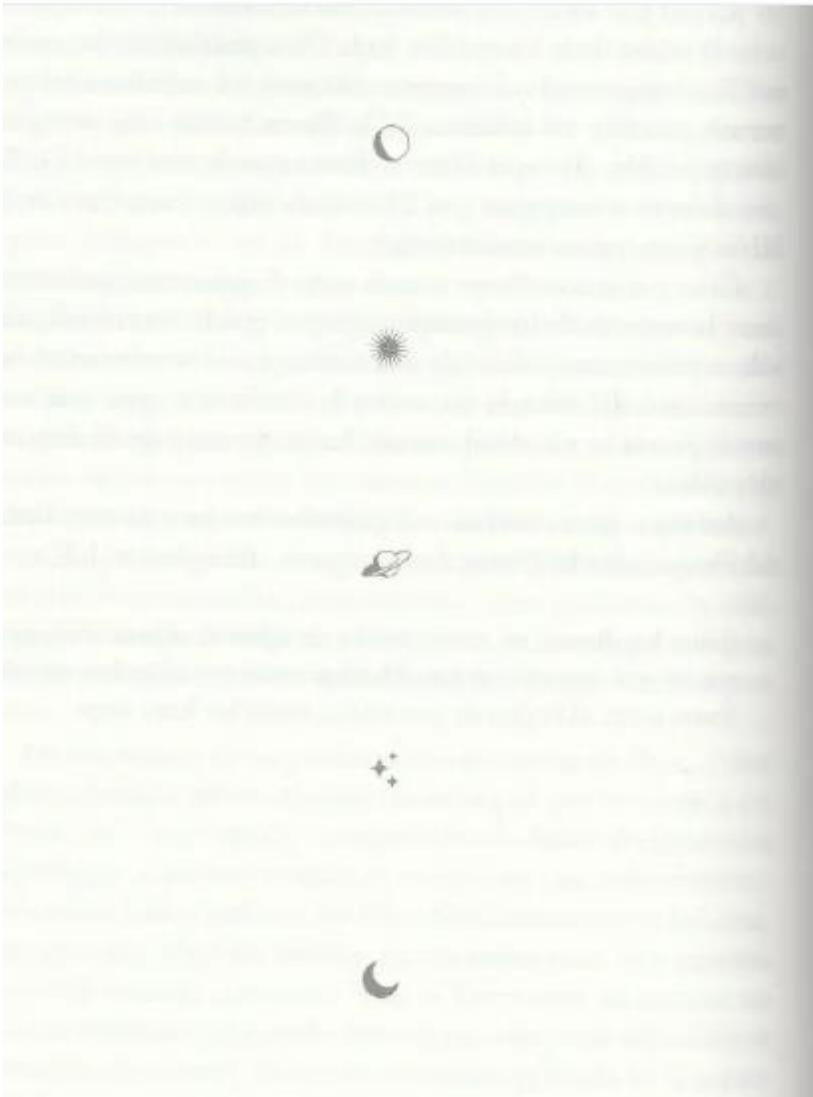
Sobre los dioses, no tengo medio de saber si existen o no existen ni qué aspecto tienen. Muchas cosas me impiden saberlo. Entre otras, el hecho de que nunca nadie los haya visto.



DOCENTE: INÉS NARVÁEZ
MEDINA

ASIGNATURA: ÉTICA Y RELIGIÓN

GRADO – 10-01, 11-01,11-02

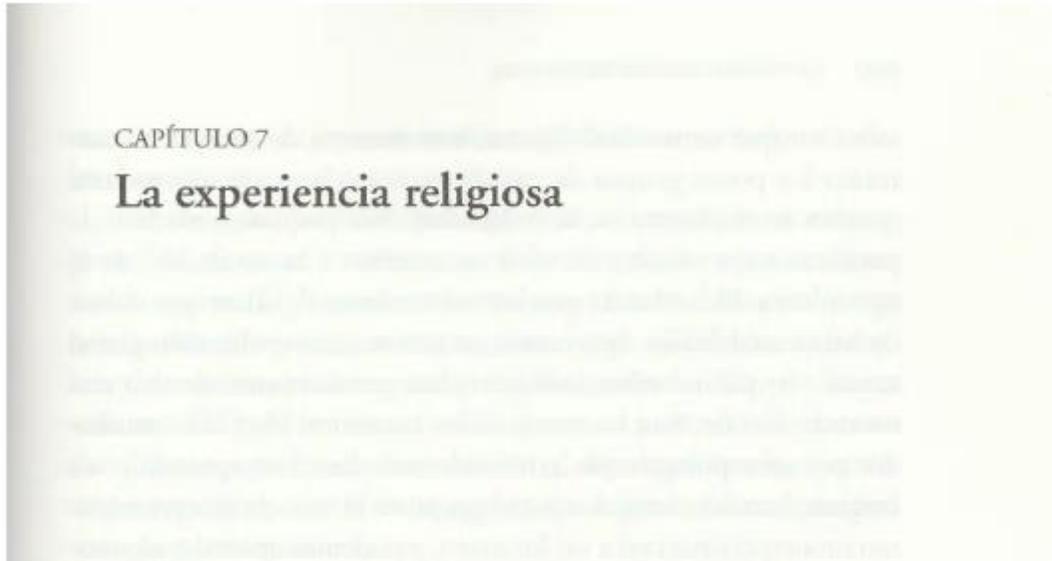




DOCENTE: INÉS NARVÁEZ
MEDINA

ASIGNATURA: ÉTICA Y RELIGIÓN

GRADO – 10-01, 11-01,11-02





ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D.C.
Secretaría
Educación

COLEGIO INSTITUTO TÉCNICO INTERNACIONAL IED
P.E.I. EDUCACIÓN EN TECNOLOGÍA Y SU INFLUENCIA EN LA CALIDAD DE VIDA



**DOCENTE: INÉS NARVÁEZ
MEDINA**

ASIGNATURA: ÉTICA Y RELIGIÓN

GRADO – 10-01, 11-01,11-02